

ITINERARIO POR LOS BELLOS DESASTRES  
DE ROSAMEL DEL VALLE

*En Curacaví nació el 13 de noviembre de 1901 un hombre de rostro indiado, viril y fiero: Moisés Filadelfio Gutiérrez Gutiérrez. El amor adolescente, Rosa Amelia del Valle, bautizaría más tarde en este señor al poeta cuya obra —y en esto estamos acordados con Eduardo Anguita— es uno de los trabajos del hombre sobre la tierra más grande de que haya constancia en la poesía universal. El lector juzgará el entusiasmo y tomará parte en estas notas, que no aspiran sino a dar cuenta de una devoción brotada de la poesía y a levantar la vana sábana de silencio con que se ha intentado velar a Rosamel del Valle, porque «no habrá quien cierre la última puerta. No. Ni mañana. Ni nunca».*

[1] LAS PRIMERAS VISIONES. La primera infancia de los poetas suele ser cuna de todo un imaginario que mucho después goteará por la grieta de la memoria. El pequeño Moisés vivió esta época en plena ruralidad, rodeado de árboles, pájaros, campanas de misa, lámparas a combustible. A los cuatro años se trasladó con sus padres a Santiago, la dura y magnética ciudad donde viviría la mayor parte de su vida.

En 1918 muere su padre, hombre de guitarrón y canciones campesinas. Desde entonces Rosamel debe asumir en gran parte la mantención de su madre y de sus numerosos hermanos pequeños, trabajando como operario linotipista en una imprenta «húmeda y maloliente» cercana a la Quinta Normal. A la vez, comienza una rigurosa formación intelectual autodidacta (para leer a los poetas franceses recibió de regalo un pequeño diccionario de bolsillo que «prácticamente aprendió de memoria») y realiza

sus primeros ensayos poéticos. Con sus amigos se reunían en la casa del poeta y pintor Urbano Donoso, eterna víctima de las bromas onomásticas, sobre todo por vivir en un barrio tan «urbano» y tan poco «donoso»: Mapocho con Matucana. Allí, o en las cercanías del Museo de Historia Natural, o a orillas de la laguna de la Quinta Normal o, más a menudo, en cantinas donde se veía pasar la brillante locomotora «Curimón» (al compás de un vino no por intomable menos generoso), alargaban sus jornadas entre la conversación y la lectura de poemas tanto propios como de sus poetas preferidos: Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, Banville, Machado, J. R. Jiménez, Emilio Carrere, Villaespesa. Por esos días ocurre el idilio con Rosa Amelia del Valle, la morena obrera de la costura cuyo nombre sería el escogido para firmar el primer libro («a menudo un lastre»), el odiado y alergénico *Los poemas lunados*<sup>1</sup>, que se publicó por obra y gracia de Salomón Ahués, caluroso apólogo y gran amigo de Rosamel. En rigor, debiéramos haber dicho «se alcanza a imprimir», pues el libro misteriosamente desapareció tan pronto como se hubo secado la tinta, no sólo de circulación, sino también de las listas de «obras del autor» presentes en todos sus libros posteriores. En favor de la voluntad del poeta, también nos olvidaremos de estos poemas, pero no del lector curioso: para él, baste decir que un ejemplar salvado del fuego se encuentra celosamente guardado en la Biblioteca Nacional de Chile.

Un suceso tan inolvidable en la vida de Rosamel del Valle, como en la historia de la poesía chilena, fue el haber expuesto en 1923, por invitación de los Cuadros Artísticos de Obreros de Chile, sobre la obra de Gabriela Mistral: conoce en dicha ocasión a Humberto Díaz-Casanueva. La amistad indisoluble que los unió, fue a la vez el nido de un universo, de un *ser poético*, en el que ambos participaron solidariamente, engranados en el mecanismo que lo devela. Ya hablaremos de ello.

Como todo joven poeta, saca adelante dos números de dos revistas —*Ariel* y *Panorama*— con colaboraciones de

Huidobro, Neruda, Díaz-Casanueva y Gerardo Seguel, entre otros, en la misma época en que publica su —ahora sí— primer libro: *Mirador*<sup>2</sup>. Si bien los breves textos que reúne este volumen poseen ya ese «calor interior», si bien el tono y el peso de la frase («juntabas estrellas es decir la flor de tus ojos solos») presentan a este libro como la inauguración de su gran poesía, hay contención y precariedad en la exploración y es evidente el encandilamiento producido por el entorno de las vanguardias: Breton y Huidobro. Es muy probable que ya en esa época (1926) el *Manifiesto del Surrealismo* hubiera pasado por las manos de Rosamel del Valle; las *Elegías de Duino*, en cambio, tuvieron casi con certeza que esperar hasta más tarde:

*Las campanadas andan en ómnibus por el aire  
Se va a cerrar el día*

*y la estación próxima llena de manzanas*

Braulio Arenas situaba a Rosamel del Valle en «la plenitud de la atmósfera surrealista». Sin embargo, y con todo el aprecio que le profesaba *La Mandrágora*<sup>3</sup>, ni siquiera aquí sus poemas llegan a ser ortodoxamente superreales. La sumisión a los preceptos técnicos del surrealismo y, tal vez de manera más intensa, del creacionismo, puede ser mejor leída como reacción colectiva contra el modernismo de Rubén Darío. Incluso se puede agregar un tercer movimiento: el futurismo, conocido por Rosamel a comienzos de los años veinte. Toda esta turba de influencias no logra velar el germen de la poesía propia, y aun contribuyen a desarrollar la imagen tan distintiva del poeta, aquella en que pugnan el delirio y la inteligencia, suavizada esta vez por la alegría del joven, o como mejor lo dice Díaz-Casanueva, fluida «como conejos de agua»:

*Todo por tus brazos afuera el cielo ardiendo  
El barrio y los últimos hombres saliendo de la noche*

Lo nocturno órfico, es decir, lo erótico y lo dinámico incubados en la noche, aparece como una de las principales preocupaciones; de aquí brotarán los lazos que unen los temas y motivos que han de signar toda la obra posterior: el descenso, la muerte, el sueño, el ensueño, la memoria (y en virtud de *Mnemosyné*, lo músico), la ausencia, la soledad, el tiempo.

En esta época, que odiosamente podríamos llamar «de juventud», el sello del surrealismo de Breton, como decíamos, marca fuerte y progresivamente los libros de Rosamel. Es el tiempo de *Nadja*. Es el tiempo de *Eva y la Fuga*<sup>4</sup>. Es el tiempo de *País Blanco y Negro*<sup>5</sup>, título onífrico-sugerente (salvo para aquellos que sueñan en colores, hoy por hoy no pocos) para un libro sin género. Es relato, prosa poética, manifiesto, crónica, etc. Es violencia y quietud, lírico y prosaico, angustia y éxtasis, desesperantemente vigoroso. El desconcierto es general. Así por lo menos lo atestigua la narración de Alone:

*«Ahora, cristianos, vamos a hablar de lo que el ojo no ha visto, de lo que el oído no ha escuchado, de lo que el entendimiento humano jamás a podido penetrar...» Estas palabras de Bossuet en su Sermón sobre el misterio de la Santísima Trinidad podrían, perfectamente, servirnos de introducción para tratar del libro «País Blanco y Negro», por don Rosamel del Valle, joven poeta de vanguardia.*

La ciudad mágica y secreta —ya descubierta, por cierto, en *Mirador*—, las habitaciones despobladas, los monumentos, los letreros publicitarios que ocultan ciertos mensajes invisibles o mal interpretados, en fin, esa «atmósfera» surrealista, se ha hecho más intensa y provechosa. Desde aquí en adelante, estamos obligados a subvertir el término de «realismo mágico» para comprender la para-doxa de Del Valle acerca de la realidad: el poeta *ve y comunica* un mundo que es por sí mismo la trabazón perfecta de sueño y vigilia, trabazón que los surrealistas deseaban articular por métodos bien definidos y reglados, una suerte de

técnica productora de fusión surreal o realidad absoluta. Rosamel se ha atrevido a penetrar en el país de la magia, un país metafísico desposado tanto con el propio mundo interior como con la ciudad, con la habitación de muros parlantes como con el Cerro Santa Lucía; y, como lo señala Jules Supervielle en una carta personal fechada en junio de 1930, se encuentra en dicho país de una manera tan natural que pareciera que nunca se hubiese ausentado. Aquí es necesario insistir en la ya aburrida discusión sobre arte y vida. Poetas como Rosamel no entendían la poesía como un sistema aislado, y, si su escritura era magia, él era un mago. Al bordear los 50 años, diría de sí mismo: «todavía puedo pasar las manos por el fuego sin quemarme». En otra ocasión, corriendo por atraso hacia un barco en el puerto, resbaló en una escalera del muelle, y tras una increíble pirueta fue a dar contra un bote violentamente y... ¡de pie! Es un desafío leerle sin imaginar que detrás de la página algo vivo sucede. Volvamos atrás. En el conjunto de la obra poética, el trabajo de inteligencia a menudo se confunde con el trabajo de *videncia*; en esto, Rosamel sitúa la aprehensión y el descubrimiento (o la invención) en un sistema complejo que, esto sí, viene mixtura surrealista y simbolista. «Cuando el pensamiento» —escribió en 1935— «se desprende de sus raíces, el ser ve claro, interpreta en sí el sentido de un lenguaje simbólico o mítico que desea traducir este contacto». La imagen dislocada de la realidad, valorada estéticamente, en nada opaca al esfuerzo intelectual, a la búsqueda incansable de los arcanos del hombre y la naturaleza.

[2] ES EL HOMBRE, UNA LÁMPARA EN DOS PIES. Diez años tuvieron que pasar para que Rosamel del Valle publicara su tercer libro, cuyo título sería, simplemente, *Poeta*<sup>6</sup>. Diez años bastante agitados. A la crisis económica y política, la efervescencia por el Frente Popular, la terrible matanza de los jóvenes nacional-socialistas en el edificio del Seguro Obrero, el impacto por la

Guerra Civil Española, se agrega en lo literario la llegada de Huidobro y *Altazor*, las *Residencias* de Neruda y la ya mítica *Antología de poesía chilena nueva* de Anguita y Teitelboim. Una de las principales preocupaciones de los escritores chilenos de la época fue su defensa de los republicanos españoles. Rosamel del Valle fue miembro fundador de la *Alianza de Intelectuales de Chile*, participó de la antología *Madre España* en apoyo a la República y en *Poesía* hay varios poemas expresamente dedicados a la guerra civil española («Soldado de Madrid», «Paisaje del poeta asesinado», «España, muerte devuelta», etc.). Tanto en su poesía como en los numerosos artículos y crónicas de prensa, manifiesta su disposición a servir para la consecución de los ideales sociales; en palabras de su esposa Thérèse Dulac, «un hombre de izquierda, porque era del pueblo y creía en él». Dice Rosamel:

*[...] aquella idea de la formación de una Alianza no podía sino entusiasmarme, porque, además de la unidad nuestra, significaba ubicarnos, por fin, en la profunda línea humana; es decir, al lado de los diversos sectores del pueblo, cuya tradición de sacrificios y cuya sensibilidad históricamente puestas a prueba, son los depositarios más invulnerables de la cultura universal.*

El estar aislado de la militancia política, del Partido Comunista en particular, le valió pronto cierto distanciamiento con Neruda; nada extraño: solía reírse mucho de la condición del político (de su caricatura, no del «animal social»), enmascarándose de mago e improvisando en las noches de alcohol y lenguas largos discursos acerca de lo ventajoso que era llevar una vida militante. Muy lejos del panfleto, ni siquiera con un guiño a algún tipo de proselitismo, en la insubordinación que signó su quehacer vital y artístico, la poesía de Rosamel del Valle ejemplifica cierta poesía política que es acción pura, del hombre al hombre, como veremos más adelante. Un amor por la humanidad y sobre todo por la naturaleza y la tierra natal —*contra la muerte*—, se adelanta a

cualquiera de las tentaciones que muchos de sus compañeros de generación no pudieron o no quisieron resistir. Antes que una bandera despedazada, el hombre es una lámpara en dos pies.

[3]... Y ELLOS DECÍAN CON LOS OJOS: ¡EURÍDICE! La primera consecuencia del asombro es el mito. El hombre enfrentado por primera vez a la esquiva naturaleza, atravesado por un rayo que lo sobrepasa, por cada uno de los sucesos que nos abisman, el hombre enfrentado a las pequeñas manos de su hijo de meses, al vuelo de los cormoranes en perfecta armonía con el fluctuar de las olas, al embobamiento general de los enamorados, y también a las catástrofes, al desplomarse súbito de un hombre en la tumba de su esposa. Aquella naturaleza que ama ocultarse, la *physis philocryptica*, gracias a estos breves «contactos terrestres», deja intuir el ser poético. «Admirar» —dice Bachelard— «se convierte entonces en un sustituto de creer. No se cree en un ser verdadero, se cree en un ser del lenguaje, en un ser del lenguaje valorizado, en un *ser poético*». El proceso mitogenético, con todo su misterio —insoluble hasta hoy para los mitógrafos—, bien ha resultado para muchos de nosotros la única y precaria manera de acumular esos instantes de universo, esos muchos meteoros que necesitamos para morir —como diría Rosamel del Valle—. En estos términos, el poema re-produce el proceso de mitogénesis. No en una fabulación hueca de la realidad, no en la novelación idiota (por y para el *idiotés*), sino en una compleja operación biyectiva entre el individuo y lo colectivo: el poema *por y hacia* el hombre.

Y a qué —dirá el lector— este desvarío. Queremos hablar del poema *Orfeo*<sup>7</sup>, diez cantos de amor por el hombre.

Orfeo, el encantador de fieras, el coreógrafo de los árboles y las piedras (en Tracia permanecen algunos viejos robles torcidos según esos pasos de danza), es, al igual que Prometeo, un filántropo. Enseñó a los hombres la agricultura y logró que abandonasen la antropofagia. Fue músico y descubrió la escritura.

Luego de la malograda hazaña de amor por su esposa Eurídice, se dedicó a predicar sus misterios en Tracia. Se levantaba a saludar a la aurora en la cumbre de un monte y afirmaba que el sol era el más grande de los dioses: le costaría caro. Dionisos había invadido la región y, al enfrentarse a la poderosa resistencia órfica, preparó una emboscada de mujeres en éxtasis dionisiaco que despedazaron a Orfeo y arrojaron su cabeza al río Hebro. Las Musas enterraron sus miembros al pie del monte Olimpo, el lugar que hoy es el mejor para oír cantar los ruiseñores. La cabeza, en tanto, había sido llevada por las aguas hacia la isla de Lesbos y permanecía cantando en una gruta hasta que Apolo la hizo callar.

Es la historia conocida.

Pero ¿qué hace como protagonista en el poema de Rosamel del Valle? Orfeo debe ser, junto a Verónica, de todos los mitos y alegorías míticas que Rosamel intentó regenerar, por su carácter espejeante de la poética, el que más debiera interesar a quien se acerque a estos poemas. La alusión a su plano simbólico, hace surgir rápidamente la ilusión, la *in-lusio*, la entrada en el juego. Alguien ha tratado de ver en cada referencialidad el pasivo intento de reejecutar el mito, a la manera de lo que podría llamarse «escritura programática». Pero hay también quien va más hondo y concede al poeta la capacidad regeneradora del mito, y lo distingue por ello. Tratándose de Orfeo, aquí surgirá seguramente esta pregunta: ¿es posible concebir, todavía, al poeta en su trifunción clásica Poeta-Aedo-Vate? Rosamel del Valle necesita de aquella trifuncionalidad: *hecho*, *canto* y *visión* se entraban, según la dosificación sinfónica o mecánica de la composición, en la tentativa mitogenética o regeneradora del mito. *Orfeo*, además de dejarse leer como ese intento regenerador, anclado en la historia del cantor despedazado de Tracia, con los motivos y temas propios de la fábula (la catábasis, la resurrección del hombre que canta y que ama, la vida de ultratumba, etc.), posee un evidente carácter autoreferencial. No es sólo un «hito» en la obra. Junto con *Elina, aroma terrestre*<sup>8</sup>, este poema en su metapoeticidad viene cargado

con ciertas reflexiones o descubrimientos que son lisa y llanamente principios de poesía y vida, aspectos —a qué decirlo— inseparables en un poeta como Rosamel. Podemos emparentar entonces su exploración poética con la noción del «vidente» *sensu* Rimbaud, pero con una sicología cuya siembra política es «más» manifiesta, una sicología tensada hacia lo terrestre y con un ojo puesto en un nuevo horizonte para el hombre —y él entre todos— liberado del estigma de las certezas. La buena nueva, Orfeo la trae para su semejante. Díaz-Casanueva escribe:

*Si Rosamel del Valle en obras anteriores trató dolorosamente de expresar la ESENCIA del hombre, ahora tiende a revelar la misión del hombre. Su larga experiencia en los abismos espirituales y su poderosa facultad para cosechar en los sueños no lograron sofocar su tendencia a la exaltación de la vida y del hombre, que él siempre ha defendido en la raíz de la emoción.*

El poeta tiene en sus manos un secreto que comunicar. He aquí a Orfeo, que luego de haber perdido para siempre a su esposa, se ocupa de compartir con sus seguidores el único tesoro que le ha quedado de su empresa: los secretos del infierno. Pensaríamos que para ello Rosamel nos depara ciertos paisajes cuyo decorado ha sido encargado a Blake, a Doré o a Böcklin; pero a ellos les ha permitido sólo uno que otro pasillo lateral. Hemos de aceptar que se nos sitúe (siempre prefiere el «He ahí» al «He aquí») expresamente en una geografía fascinantemente cotidiana, donde si alguien intervino, debió haber sido Chirico: los sucesos ocurren a la hora del té, en Luna Park, en un lugar en el centro de la noche, no en las morgues, sí en un ojo por donde volver al cuerpo de la tierra, en el Ballet, en la Catedral con mendigos y prostitutas, en Tracia («Decid, colinas más, bosques, aldeas, Tracia mía, Tiempo,/ Océano Pacífico, país tendido en orillas melódicas ¿es posible?»). Con los personajes que circulan en este peculiar panorama, los amigos de Eurídice, ocurre lo mismo: Pedro, Simón,

Narciso, Juan, Jerónimo, Diógenes, Daniel, Hölderlin.

Hay también algunos gestos simbólicos en el poema, insoslayables a la hora de comprender lo que aquí se funda y que proponemos denominar por *poesía órfica*<sup>9</sup>. El símbolo que cruza el poema es la varilla de oro —*The Golden Bough*—. Así, Orfeo es también el inmortal Bálder asesinado, mientras danzaba, por aquella ramita de muérdago lanzada por un ciego («Y la varilla de oro, la lengua que hizo danzar el polvo / En la enfurecida danza fuera del día y de la noche»). Este engrane con J. G. Frazer nos sugiere en su intertexto una conclusión fundamental en el cuerpo simbólico del *Orfeo* de Rosamel: si la muerte depende de una cosa, de la varilla en este caso, el instrumento de muerte se torna a su vez recipiente de vida.

[...] ¿Qué es la respiración del hombre entre los hombres?

Oh, nuestra noche, una varilla ardiendo

[...]; Ah, la varilla que daba beber rocto a la noche!

Tanto Orfeo como Bálder poseen naturaleza arbórea. Y<sup>4</sup> aquí el entorno se relata «herido de claridad o asomado al árbol del abismo». Lo totémico del abismo es constante en la poesía de Rosamel, por mucha angustia que infecte en quien le toque. El autosacrificio, entonces, se constituye en acto celebratorio, porque se ha tocado el árbol que diluye la frontera entre lo subterráneo mortuorio y lo aéreo vivificante. Esta connotación se hace patente si se observa la lectura paralela de las *Elegías de Duino* y de los *Sonetos a Orfeo*, y si se acepta que en un poema de la complejidad de *Orfeo* la naturaleza y hechos del poeta de Tracia portan el símbolo casi metonímicamente. Por otro lado, el poema se publica a fines de 1944, tiempos de guerra, tiempos de «bosques de cañones». Los muertos y el fuego hacen nata en el poema, no muertos a secas, muertos asesinados. Y el fuego se manifiesta, al igual que la rama dorada, bivalente en destrucción y en soplo de vida. La cadena simbólica, como se ve, es diversa pero coherente.

El fuego de la varilla de oro («El fusil es un lirio [...] Ellos han caído por el lirio... ¡Eurídice! ¡Eurídice!») co-opera con el fuego de Prometeo en su Fábrica de Hombres. Fuego, árbol, vivificación, resurrección, son, entonces, un corolario suficiente para soporte del orfismo en la poesía de Rosamel del Valle. Podemos ver cómo estas pocas constataciones nos conducen inevitablemente a la *permanencia* órfica que es, en virtud del amor, el «movimiento universal».

*Yo soy el Tiempo y crezco de noche como las enredaderas.  
Puedo hacer que el templo de mi sangre cambie el calor de sus  
columnas;  
Puedo acallar los órganos a cuyo sonido despiertan el Hombre y el  
Ángel.  
Yo soy el amor y sobre todo la Vida, pues soy el que abraza y el que  
sepulta.  
Y para que todo siga, Eurídice es mi muerte.*

Con ese aliento culmina el poema.

Una vez que se ha respirado de su atmósfera, francamente no se sabe qué espera de la poesía quien la juzga con estas palabras:

*[...] leo y releo y torno a leer el «poema» del señor del Valle, y nada encuentro en él que me recuerde el mito de Orfeo. [...] Temerosos de no poder acertar con lo que el poeta ha querido decir hemos vuelto una y otra vez sobre su «poema» tratando de hallar lo que el lenguaje en su tenor literal no dice nada. Nada hemos hallado sino sombras.<sup>10</sup>*

No espera por cierto su vigor lírico (se entiende, órficamente lírico), su crudeza en el retrato del hombre, su incesante capacidad de interrogar al lector hasta la angustia:

*Los hombres y los muertos. ¿Por qué nos arrojan de sus casas?  
¿Por qué no nos dejan un lugar en el centro de la noche?*

No espera por cierto que la poesía lleve a un hombre como todos a entregarse a tal punto al martirio del descenso y le confiera fuerza para todavía anunciar que todo debe recomenzar y que todo debe seguir, anunciar el regreso a los adobes marchitos, a la tierra cubierta de flores.

Es un gesto único e irrepetible, posible sólo por el coraje con que fue escrito.

[4] QUE NOS VEAN AMARNOS ALLÍ, ENTRE LOS ÁRBOLES Y LAS VISIONES. Luego de trabajar en la Oficina de Correos y Telégrafos —donde dicen que hasta debía barrer el piso—, de vivir en una casa con una enfermera «bastante difícil» en constante controversia con la personalidad afectiva y cariñosa de Rosamel, y de publicar su libro de cuentos *Las llaves invisibles*<sup>11</sup>, en octubre de 1946 viaja a Nueva York, contratado por mediación de Díaz-Casanueva como corrector de pruebas «pulcro, severo y puntual», en el Departamento de Publicaciones de las Naciones Unidas. Conoce a Thérèse Dulac, también funcionaria de Naciones Unidas, una bella franco-canadiense, una ardilla de Central Park, con la que contraería matrimonio el 14 de octubre de 1948.

Florecería el poeta que ya en *Poesía* tendía a subirse con frecuencia al tobogán del amor y de la *fascinación*: «tan inclinado al amor como que sientas palomas sobre sus rodillas». *El joven olvido*<sup>12</sup> abre sus páginas dedicado a Thérèse con una cita de Novalis: «En lo profundo del seno de la tierra / Lejos de donde la luz pueda hallarnos... ». Leamos:

*Verónica, aquel lino hinchado al viento*  
*De la faz en fatiga. Lo he vuelto a ver en las calles*  
*De mi ciudad. [...]*

Así comienza un poema que aspira en justicia a ser considerado entre los más intensos y hermosos poemas escritos

en lengua española, «Verónica», en el cual nos detendremos un momento.

La fábula de Verónica es entrañable no sólo por el gesto de compasión y el carácter maravilloso de los sucesos que narra, sino por el acoplado filosófico que comporta aquella «faz en fatiga» impresa en el lino. Aunque el Vaticano ha restado crédito a la leyenda y al famoso lienzo, es difícil permanecer en quietud frente a algo que nos resulta tan íntimo y misterioso como ver un rostro —el propio—, atrapado de tal modo en una tela para siempre, sobre todo cuando esto no es condena sino resultado de un acto de amor.

Estamos habituados a consignar la incompatibilidad entre «imagen» y «esencia». «Pura imagen», dice la jerga. Contra esto, Rosamel nos muestra un lino que ha sido capaz de la imagen verdadera, del verum-icon. Incluso, si se tolera el juego pseudo-etimológico, con ese «icon» nos acordamos de «ico», esto es, herir, atravesar, apuñalar. A un lado de esta carga semántica, hay que reparar en que ese «portar verdad» es femenino en el poema no sólo en virtud de la fábula, sino también a causa de las palabras que el poeta ha preferido. Porque, aparte de la metonimia, «lino» es una palabra mutada de género en sí misma, fonéticamente, calidad femenina que se refuerza si se recuerda, por ejemplo, que años antes había escrito una bella novela titulada *Elina, aroma terrestre*. Después, el poeta usa «faz», en lugar de «rostro», como si esta última elección hubiera hecho fracasar la tentativa de retener, al ser una palabra, además de masculina estricta, tan rústica y grave, tan opuesta a la ligereza exasperante de «faz».

Sin embargo, ninguna de estas observaciones contribuyen a que esa faz en el lino deje de ser una representación, y agreguemos que lo es en su expresión más rudimentaria, puesto que es una representación material, presente, posible de ver y, para colmo, puesta en duda por la institución a cuyo patrocinio está encargado el mito que la sustenta. El rostro de Cristo ha sido grabado en el lino que ha de ser de ahí en adelante la respuesta del hombre a la

ausencia del dios. Ilusión, mentira, engaño, máscara, pálido instrumento al fin, imitando a Nietzsche, para sobrevivir después de helarse la estrella que comunicaba la sabiduría al animal prudente. Aferrado como está a la presencia de la verdad en tal representación, y por lo tanto a la idea de la mujer portadora de verdad, Rosamel debe trasponer la simbología de la muerte, en un enroque desesperado, a precio de terror y angustia, ensalzando la vida con su precario y apenas favorable hallazgo de verdad:

*Se adora a la muerte terrible.*

*No. Yo quiero vivir. Tú quieres vivir.*

*Y bien, yo me acuerdo de aquel lino.*

A partir de *El joven olvido* se inaugura en Rosamel un tono nuevo. «De la exasperación a la ternura», dice Díaz-Casanueva. Al mismo paso firme de *Orfeo*, agrega cierta cuota de coloquialidad y de escenificación epocal; en Eliot pensamos, en un *Prufrock* casi cincuentón investido con la jovialidad de un amor adolescente, reconociendo a su Verónica e ironizando, con cierto espanto, acerca de su propia época:

*Y tú no estás. Tú no estás como entonces. Vas vestida de soirée.*

*Vas al baile de máscaras. Desciendes del Packard 1945.*

*Vas enguantada y con un sombrero de flores. Un joven apóstol*

*Te da el brazo.*

*[...] Las alfombras no admitirían los pies enlodados de los creyentes*

*de las catacumbas. Pedro viste un Palm Beach. Santiago*

*luce su frac. Pablo da quehacer al sastre debido a su obesidad.*

*Judas va al Estadio y no confiesa los domingos. Mateo siente horror por las visiones.*

*Y el joven apóstol bosteza. No eres muy bella cuando finges.*

*Él te prefiere en el lecho. Ardiente y abandonada.*

El buen humor sutil (e ironía a lo Auden) aparece a

menudo, con una certeza tal de haber ya configurado el universo poético que habita, que bromea allí con las mismas preguntas que antes le atormentaron:

*La hora de la vida. La hora del té. La hora*

*Del amor. La hora de la muerte.*

*Las tres parcas de paseo, sin husos, bien peinadas.*

*«Madame Rita, permanentes»*

Estos nuevos recursos estilísticos, apenas sí esbozados en *Orfeo*, luego de esta abrupta aparición, en *Fuegos y ceremonias*<sup>13</sup> y *La visión comunicable*<sup>14</sup> permanecen intermitentemente y, a pesar de prácticamente desaparecer en *El corazón escrito*<sup>15</sup>, vuelven y perduran hasta su último libro. Los lugares y personajes preferidos pertenecen ahora a la geografía y a las familias de su nueva residencia. Nueva York, como en su juventud Santiago, ha resultado, luego del espanto inicial del extranjero, una ciudad al menos fascinante:

*El río es fantástico a toda hora. Y anoche, cuando me asomé a mirarlo, vi que había anclado allí un barco fantasma, totalmente iluminado y cuya sirena me llamaba con vaga insistencia. La sangre me tiembla, pues he adquirido la sed del viajero. Quisiera ir a todas partes. Creo que ha muerto mi vieja abulia, mi antigua tranquilidad terrestre. Cuando uno abre los ojos a lo maravilloso pierde la paz para siempre.*

En Chile se le conoce, por cierto, fuera de los círculos de escritores, como cronista<sup>16</sup> en Nueva York para *La Nación*, *La Hora* y *La Crónica*. Su vida en la ciudad transcurre entre su «nine-to-five job», la siempre presente dualidad de Mr. Gutiérrez y Rosamel del Valle, sus colecciones de máscaras y relojes antiguos, las reuniones nocturnas con los amigos, sus paseos por Central Park y su departamento de 209 East 66th Street. Anna Balakian relata en su introducción a *Eva, the Fugitive*:

(Nueva York) se ajustaba a su personalidad perfectamente; para él fue un lugar donde ser una persona totalmente privada y a la vez comunicarse con la gente y con las cosas. Los seres comunes y los lugares y sucesos urbanos asumían un aura, lo atraían como magnetizado [...] No sé de un escritor norteamericano que haya dotado a Nueva York con tal magia como lo hizo Rosamel en la poesía y en la prosa que allí escribió.

El imaginario adquiere su máxima riqueza sin abandonar sus antiguos referentes. Asimismo, el cuerpo simbólico con el que trabaja sigue siendo aquel de los pueblos primitivos, no en una utilización llana de material proveniente de la erudición, sino en un natural movilizarse por la imaginación y con una prodigiosa capacidad de llegar a lo *elemental*. Puesto que Rosamel del Valle nos confiesa su dilección por Ovidio y Frazer —demás está la zanja de rigor entre el gran poeta y el catalogador más o menos rústico del mito— nos tentamos a decir que es probable que intentara practicar alguna vez cierta sicología de la imaginación usando el supuesto de «lo mismo en lo otro», sobre todo considerando la exactitud y coherencia con que el poeta controla la asociación simbólica. Pero a la hora de la escritura todo se ve mecanizado por la propia sensibilidad. Los referentes bíblicos o de la tradición cristiana y una medida manipulación del mito griego y romano, así como en los libros posteriores a *El Joven Olvido* (y en los de su juventud) la referencialidad urbana, no son sino el ancla de la propia *ensoñación*, en la cual muchas veces el ritmo de la alucinación corre por cuenta del sueño y la materia por cuenta de la vigilia.

Se dicen cosas sobre cierto «hermetismo» de esta poesía. Si debemos entender con esto que la poesía de Rosamel es difícil, decimos entonces sí, lo es, pero no en el sentido que suele dársele a la «dificultad» en poesía, aquella que se monta en los obstáculos formales (y en este sentido ¿hay alguna poesía mayor «difícil»?). Estos poemas son a menudo realmente difíciles en cuanto hacen

las preguntas indebidas, las que incomodan al lector, y porque no se contentan con «el buen tino de los cinco sentidos vaciados en la parte menos insegura del hombre». Es a menudo difícil e indomable hasta la exasperación, y eso, para el lector holgazán, es el mejor repelente. Pierde el tiempo quien quiera encontrarse complacido en estos poemas —nada de certezas ni equilibrios ni confianza en el *gnóthi seautón* ateniense—, pues exigen un lector bien particular, un lector deseante, inteligente, a menudo algo ingenuo, dispuesto al contacto con los orígenes, con el fulgor de la belleza y del horror; un lector dispuesto a la danza sobre el abismo,

*[...]entre tambores y soplos*

*Desnudos como en la creación y con el ojo del dios entre los árboles*

*El primer sol entre la gracia fría de la higuera*

*Y quizás con la sonrisa del ángel metamorfoseado que se arrastra*

*Con la promesa del mundo sollozando entre su piel*

La singular riqueza formal en la producción de imágenes o metáforas (por lo que se suele casillar al heterodoxo Rosamel del Valle como surrealista), el uso de una retórica muchas veces sofocantemente seductora, así como la fascinación que nos provoca el imaginario onírico, mítico o místico, o bien cualquier elemento perteneciente a la arquitectura del poema, por sí solo, en Rosamel no constituyen jamás el verdadero poema. «El poeta» —nos dice— «es un ser atento, en vigilia, alerta, responsable, y todo cuanto pase por él hacia la poesía deberá constituir la expresión de ese estremecimiento creador y captador». Siempre es posible rastrear en sus poemas ese estado de las cosas, esa actitud vigilante del poeta, e indagadora, y en descenso, más aún cuando el resultado de ese trabajo del hombre es... el fracaso.

Así como la lámpara apolínea (¿estoica?) muchas veces es negra como los candiles de Magritte, Rosamel del Valle está a la vez permanentemente tensado por la inteligencia como *hegemon*

(a la manera de cierto Dfáz-Casanueva) que impedido de coludirse con la claridad a causa tanto de un *ethos-daimon* muy fuerte como de lo dionisíaco expresado en danza y celebración de la naturaleza y lo terrestre. Es corriente encontrar imágenes dionisíaco-primordiales como «el pasto huele a leche», o bien, «No soy yo quien bebe ni quien juega. Una vez / tan irreales / Parecen las cosas / el demonio movía mi mano y el abismo / Era miel. Tenía yo un himno adentro». Pablo de Rokha nos ha acostumbrado a un dionisismo valorizado en el éxtasis de la bacanal, Rosamel, en tanto, tal vez por su naturaleza órfica, nos presenta un dionisismo primigenio en el que su componente extático se querella constantemente con la angustia de ser y de estar («¿Cómo puedo abrirle la puerta al éxtasis / Si tengo la casa llena de lagartos?»). Nos da la impresión de que se está ante los despojos festivos de Dionisos, en contemplación, cuando todos se han ido.

[5] EL SEXAGENARIO SONRIENTE. De los años en Nueva York se podría decir que son sin más la culminación de su poesía, «la madurez poética»; que en lo que va de *El joven olvido* a *El corazón escrito* se encuentra la manifestación más intensa y acabada de su «explorar poético» y de su expresión. Se podría. Pero logramos ver en el curso de toda la obra de Rosamel una progresión continua de índole incluso vital que nos impide enfatizar sobre esos cánones meramente literarios. Un libro como *Mirador* o como *País Blanco y Negro*, sean cuales sean sus méritos propios, recién pueden valorizarse a cabalidad contemplando la escala total de la obra.

Luego de algunos viajes (Canadá, Bélgica, Holanda, Suiza, Francia, Inglaterra, España, Italia) y de culminar su trabajo en Naciones Unidas, regresa con Thérèse a Santiago y se instala, en febrero de 1963, en la primera y única propiedad que tuvo en su vida, una casa-quinta en José Domingo Cañas 1550. Meses más tarde, publica *El sol es un pájaro cautivo en el reloj*<sup>17</sup>, un pequeño volumen escrito también en Nueva York y que viene a ser una

suerte de respiro del sexagenario. Encabezado por un epígrafe de Saint-Pol-Roux («El universo es una catástrofe tranquila»), se estructura como un *collage* en el que relato, prosa poética y numerosos fragmentos de otros autores, se encadenan según el ritmo de un diario de vida. Porque, sin llegar a ser un libro de afán didáctico, aunque tiende a la sentencia y al aforismo, está escrito con el relajo de quien ha vuelto del infierno, tal vez el relajo que desde pequeños nos han dicho otorga la vejez: la sabiduría. Con todo, y tal vez por esa soltura poco acostumbrada en los poetas chilenos, este libro se distingue en la obra total y provoca un extraño encantamiento:

*¿Qué haríamos con un meteoro entre las manos? Yo lo sé, o al menos creo saberlo: se lo daría a aquel que cree que todo ha desaparecido.*

En esa época escribe frenéticamente, a máquina vieja, acompañado de Stravinsky, por las noches y con un vaso de whisky. «Casi no bajaba al centro». A veces se levantaba a las cinco de la mañana a regar el jardín, la huerta, las flores y el pasto. Amaba la lluvia y la humedad, las hojas verdes y las que en otoño llevan color de coñac. Eso, por un lado. Leamos un trozo de la última carta que le escribiera a Humberto Díaz-Casanueva:

*...nado por ellos, hasta las fotos. No puedo negar que es un buen reconocimiento —se nos reconoce tan poco— y naturalmente no deja de halagarme, sobre todo en el estado de ánimo en que me encuentro. Mi situación sigue igual, con algunas desesperaciones, cuando pienso en el mañana. Pero, el mañana siempre es la muerte. Lo peor es que no es tan fácil morir. Oscuridades, divagaciones, carencia de fortaleza, no sé. Creo que estoy demasiado seducido por la fatalidad. Espero un milagro. ¿Por qué no?*

*Escríbame de nuevo, por favor. Tiéndame la mano una vez más. Le prometo despertar. Mientras tanto, gracias de nuevo y reciba el fuerte abrazo de su viejo amigo. Y también el de Thérèse.*

Contra lo que esperaba, la recepción en Chile no fue del todo gratificante. De hecho, su llegada tuvo eco sólo entre algunos jóvenes y pronto se vio llevando una vida, más que solitaria, en soledad. Pocos meses antes de su muerte concluye su libro *Adiós Enigma Tornasol*<sup>18</sup>, publicado póstumo. El solo título nos conmueve. Recordamos aquello que en su juventud era aún una vaga pregunta («No sé cómo se pueda llamar a una cosa que reúna en sí a todos los colores a la vez»). Esta despedida tiene una doble respiración: la una, llena de extenuación y abandono, y la otra, de serena metamorfosis. Viejos recuerdos, abatimiento y canto, la angustia y pregunta final por el tiempo, la muerte. El libro culmina el largo desarrollo de la obra de Rosamel acerca de la muerte, en el cual ésta aparece muy signada por una polivalencia semántica. La muerte que es sueño, algunas veces embriaguez, otras veces la silueta entrevista de la Memoria, va de la mano con la muerte que es ruido de tijeras. La muerte, como el tiempo:

*Y aun el mito de los espejos  
Donde el hombre se quita un poco de infinito  
Cada vez que se afeita*

La muerte misma. La misma muerte devoradora. La misma muerte, el mismo sueño que el 22 de septiembre de 1965, después de la jornada dieciochera de alegría y vino tinto «de los gordos padrecitos», provocó en un barrio de Ñuñoa el derrumbe silencioso de una lámpara, *cerrándole la puerta al gusano disfrazado de sol en el jardín*.

[6] SEMEJANTE A MÍ PERO BROTADO POR LA NOCHE. Humberto Díaz-Casanueva abre así su poema *El Sol Ciego*, escrito en Argelia en octubre de 1965. Es el sello de una amistad que trasciende las relaciones humanas. O mejor, que las sublima. Una amistad que se expresa tanto en el constante trabajo de protección sobre

Rosamel (la publicación de muchos de sus libros o la intercesión por el trabajo en Naciones Unidas, por ejemplo), en la admiración que profesaba sobre el hombre total («No encuentro en Chile hombre más virtuoso que Rosamel del Valle»), como en la solidaridad de sus obras. Desde la aparición de sus respectivos primeros libros<sup>19</sup>, no separaron jamás su universo poético. En él trabajaban —si se me permite— como en un oráculo. Rosamel, el viajero, el enterrado. Díaz-Casanueva, el profeta, «el más juicioso de ambos». ¿Para qué? Nada menos que para «reunir el resplandor del mundo». Se necesita o bien estar definitivamente loco o bien una fuerza interior descomunal para tatuarse tal destino poético. Díaz-Casanueva insinúa con su emoción la tutela mutua:

*Más que morir  
te has desprendido de mí  
como un cimientito de lo  
que soy*

En este par se espejeó, en lo poco que duró su vida, un delfín atormentado: Gustavo Ossorio. Son poetas que prefirieron la «bella desgracia», como escribe Rosamel del Valle en un prólogo para un libro de Ossorio que se deja leer como la propia declaración de principios:

*Pudo haberse dejado tentar por las sirenas y buscar aquella para tantos adorable luz que no hace sino abrir puertas y por donde se pasa en una amable barcarola [...] Es decir, pudo partir con el romance o con cualquiera otra lámpara de oro con la que se suele conseguir, de inmediato, algo semejante a la satisfacción propia o ajena. Pero no ha sido así.*

Poesía no olvidada del ser, lejos de la cabriola literaria, «que quiere raíces y contactos con el hombre cotidiano». Las vanguardias en Chile coquetearon en varias ocasiones con este mundo: es

## BIBLIOGRAFÍA

### I. EDICIONES

- Los poemas lunados* (poemas). Prólogo de Salomón Ahués e ilustraciones de Isafas Cabezón. Casa Editora Memphis, Santiago de Chile, 1920.
- Mirador* (poemas). Ediciones Panorama, Santiago de Chile, 1926.
- País blanco y negro* (prosa poética). Ediciones Ande, Santiago de Chile, 1929.
- Poesía* (poemas). Con ilustraciones de Isafas Cabezón. Ediciones Intemperie, Santiago de Chile, 1939.
- Orfeo* (poema en diez cantos). Con ilustraciones de Isafas Cabezón. Ediciones Intemperie, Santiago de Chile, 1944.
- Las llaves invisibles* (relatos). Ediciones Zig Zag, Santiago de Chile, 1946.
- El joven olvido* (poemas). Con ilustraciones de André Racz y Susana Mardones. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1949.
- Fuegos y ceremonias* (poemas). Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1952.
- La visión comunicable* (poemas). Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1954.
- La violencia creadora / Poesía de Humberto Díaz-Casanueva* (ensayo). Ediciones Panorama, Santiago de Chile, 1959.
- El corazón escrito* (poemas). Con retrato del autor por Mario Carreño. Ediciones J. Héctor Matera, Buenos Aires, Argentina, 1960.
- El sol es un pájaro cautivo en el reloj* (prosa poética). Colección «El viento en la llama», Armando Menedín Editor, Santiago de Chile, 1963.
- Adiós enigma tornasol* (poemas). Ediciones Orfeo, Santiago de Chile, 1967.
- Eva y la fuga* (novela breve). Monte Ávila Editores, Caracas, Venezuela, 1970.
- Viaje a Bear Mountain / Journey to Bear Mountain* (poema). Edición bilingüe, traducción al inglés de José Vázquez Amaral e ilustraciones de Ludwig Zeller. Oasis Publications, Oakville, Toronto, Canadá, 1975.
- Antología* (antología poética). Selección de Juan Sánchez Peláez y prólogo de Humberto Díaz-Casanueva. Monte Ávila Editores, Caracas, Venezuela, 1976.

- Elina, aroma terrestre* (novela). Ediciones Panorama, Quebec, Canadá, 1983.
- Eva, the fugitive* (novela). Traducción e introducción de Anna Balakian. University of California Press, Berkeley, California, Oxford, 1990.
- The Apostles' Bar and other poems* (antología poética). Traducción de Beatriz Zeller y prólogo e ilustraciones de Ludwig Zeller. Oasis Publications, Toronto, 1990.
- Poemas* (antología poética). Prólogo de Juan Carlos Mestre. Huerga & Fierro, Madrid, 2000.
- Un Orfeo del Pacífico* (antología poética). Selección, prólogo y postfacio de Hernán Castellano-Girón. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2000.

## 2. TEXTOS PUBLICADOS EN REVISTAS O PERIÓDICOS

### a) Primeras versiones y poemas no recogidos en libro

- Llamas*. Ariel, Santiago de Chile, N° 1, VI-1925, p. 7.
- Cuerpo central*. Total, Santiago de Chile, N° 1, verano-1936, p. 16.
- Viaje alrededor de la lámpara*. Total, Santiago de Chile, N° 2, 1938, pp. 17-18.
- Viaje alrededor de la lámpara; Celebración de la muerte*. Atenea, Concepción, N° 159, IX-1938, pp. 391-395.
- Verónica*. Pro-Arte, Santiago de Chile, N° 4, 5-VIII-1948, p. 4.
- Tower funeral home*. Atenea, Concepción, N° 281-282, XI/XII-1948, pp. 38-47.
- Noviembre*. Pro-Arte, Santiago de Chile, N° 25, 1-I-1949, p. 19.
- Canción de amor para el corazón*. Pro-Arte, Santiago de Chile, Año II, N° 5 (57), 11-VIII-1949, p. 5.
- El invierno es un reloj solitario*. Pro-Arte, Santiago de Chile, Año IV, N° 123, 15-II-1951, p. 1.
- No lo que se dice, Aniversario; Corona para un astrónomo*. Orfeo, Santiago de Chile, N° 11-12, IV-1963.
- Via Appia*. Orfeo, Santiago de Chile, N° 21-22, 1966, pp. 50-51.
- Los encandilamientos* (fragmento). Orfeo, Santiago de Chile, N° 21-22, 1966, p. 60.
- Los encandilamientos*. Gradiva, Colombia, N° 7-8, IX-1989.

b) Narrativa

*Diario del hombre fenómeno* (fragmento). Tierra, Santiago de Chile, N°3, IX-1937, pp. 36-40.

*Mary Allan va a Baltimore* (relato). Atenea, Concepción, N° 283-284, I/II-1949, pp. 51-60.

*Cuando el diablo estuvo en Valle Húmedo* (fragmento). Mapocho, Santiago de Chile, N° 17, primavera-1968, pp. 5-19.

c) Traducciones

*El beso negro* de C. Goll. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1935.

*Bella y semejante* de P. Eluard. Orfeo, Santiago de Chile, N° 6-7.

*El hombre aproximativo* (canto V) de T. Tzara. Orfeo, Santiago de Chile, N° 17-18.

*Pero yo no necesito bondad* de G. Corso. Orfeo, Santiago de Chile, N° 17-18.

*En la tumba de Apollinaire* de A. Ginsberg. Orfeo, Santiago de Chile, N° 21-22, pp. 61-63.

3. CRÓNICAS, ARTÍCULOS CRÍTICOS Y OTROS TEXTOS

APARECIDOS EN PUBLICACIONES PERIÓDICAS

(selección)

*Don Ricardo Jayme Freire*. La Discusión, Chillán, 12-III-1923.

*Homenaje a Vicente Huidobro*. Ariel, Santiago de Chile, N° 1, VI-1925, p. 3.

*El espejo de Iván Petrov: Pablo Neruda*. Ariel, Santiago de Chile, N° 1, VI-1925, p. 4.

*En torno del arte nuevo*. El Austral de la Mañana, Temuco, 15-III-1925.

*Hacia el cinematógrafo*. Firmado como Iván Petrov. Nuevos Rumbos, Santiago de Chile, 1926.

*El Aventurero de Saba*. Claridad, Santiago de Chile, VIII-1926.

*Presencia y verdad*. Frente Popular, Santiago de Chile, 12-XI-1937.

«*Horizonte despierto*» por Gerardo Seguel. Tierra, Santiago de Chile, N° 5, XII-1937, p. 40-42.

*Hacia una conciencia defensiva*. Aurora de Chile, Santiago de Chile, N° 3, 3-IX-1938.

- Página y color de navidad.* Aurora de Chile, Santiago de Chile, N° 7, 24-XII-1938.
- El fervor desesperado.* Aurora de Chile, Santiago de Chile, N° 8, Tomo 4, 4-II-1939.
- Miseria de la Alemania de 1939.* Frente Popular, Santiago de Chile, 1-III-1939.
- Crisis del sentimiento exterior.* La Hora, Santiago de Chile, 28-V-1939.
- Peligro del arte y del sueño.* Aurora de Chile, Santiago de Chile, N° 17-18, XII-1939/I-1940.
- Heinrich Mann: El pensamiento vivo de Nietzsche.* Ercilla, Santiago de Chile, 13-II-1945.
- Ella se desprende de un sueño ilegal.* La Hora, Santiago de Chile, 28-IV-1946, p. 4.
- De la mente alegórica o de la poesía.* La Hora, Santiago de Chile, 12-V-1946, p. 2.
- La mente alegórica o de la poesía (II).* La Hora, Santiago de Chile, 26-V-1946, p. 3.
- El mundo petrificado de Samuel Román Rojas.* La Hora, Santiago de Chile, 2-VI-1946.
- La mente alegórica o de la poesía (III).* La Hora, Santiago de Chile, 9-VI-1946, p. 3.
- La agonía del arte y otras agonías.* La Nación, Santiago de Chile, 21-VII-1946.
- Edgar Poe en Fordham.* La Nación, Santiago de Chile, 27-VII-1947.
- El hombre solo en Nueva York.* La Nación, Santiago de Chile, 7-XII-1947.
- Mensaje sobre Mario Carreño.* La Nación, Santiago de Chile, 29-II-1948.
- Una boda negra en Brooklyn.* La Nación, Santiago de Chile, 10-X-1948.
- Por una poesía de la adoración.* Pro Arte, Santiago de Chile, Año I, N° 24, 23-XII-1948, p. 4.
- Un poeta más para la muerte.* Pro Arte, Santiago de Chile, Año II, N° 37, 24-III-1949, p. 4.
- Mientras las horas caen de los campanarios.* Crónica, Concepción, 1-VI-1949.
- Un poeta extraño.* Crónica, Concepción, 11-VI-1949.
- Walt Whitman en Long Island.* La Nación, Santiago de Chile, 12-VI-1949.
- La importancia de soñar.* La Nación, Santiago de Chile, 26-VI-1949.

- Los fenómenos de Coney Island*. La Nación, Santiago de Chile, 25-IX-1949.
- Sobre música con Paul Creston*. Pro Arte, Santiago de Chile, Año II, N° 12 (64), 29-IX-1949, p. 3.
- Diario de un extranjero en Nueva York*. Atenea, Concepción, N° 297, III-1950, pp. 180-187.
- Cuando la muerte se llame Gerardo*. Pro Arte, Santiago de Chile, Año III, N° 99, 14-VII-1950, p. 6.
- En las riberas del Rto Hudson*. La Nación, Santiago de Chile, 30-VII-1950.
- Por qué una orquídea para Raquel Jodorowsky*. Pro Arte, Santiago de Chile, Año III, N° 109, 28-IX-1950, p. 5.
- El hombre en el mundo sin salida*. Pro Arte, Santiago de Chile, Año IV, N° 151, 22-I-1952.
- Exposición de María Pinedo en Nueva York*. Pro Arte, Santiago de Chile, Año IV, N° 156, 29-V-1952, p. 3.
- Pequeña sinfonía a propósito de la nieve*. La Nación, Santiago de Chile, 15-XII-1960.

#### 4. ENTREVISTAS DE PRENSA Y ALOCUCIÓN RADIAL

- Cómo escribe un poeta*. Qué Hubo, Santiago de Chile, 28-IX-1940.
- Rosamel del Valle (Habitante y Obrero de la zona que oscila entre la realidad y la ilusión)*. La Hora, 24-II-1946, p. 3.
- La brillante disertación del Poeta y Escritor ROSAMEL DEL VALLE, un dilecto amigo. Alocución radial en «El clarín de la patria»*. Transcripción del Boletín Árabe, Santiago de Chile, 15-II-1949.
- Mr. Gutiérrez llegó con «El corazón escrito»*. Ercilla, Santiago de Chile, IV-1961.

#### 5. ESTUDIOS, TESIS Y REFERENCIAS CRÍTICAS ACERCA DE ROSAMEL DEL VALLE (selección)

- Ajens, Andrés. *Rosamel del Valle - Paul Celan*. Revista Piel de Leopardo, Santiago de Chile, N° 3, 2° trimestre-1993, pp. 7-8.
- Alone. *Las llaves invisibles*. El Mercurio, Santiago de Chile, 1946. Archivo de la Biblioteca Nacional de Chile.

- Anguita, Eduardo. *Crónica de poeſta*. Trabajo, Santiago de Chile, 31-I-1940
- Arce, Homero. *La mágica existencia de Rosamel del Valle*. Separata del Boletín de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, No. 63, 1966.
- Arenas, Braulio. *Rosamel del Valle*. Las Últimas Noticias, Santiago de Chile, 24-IX-1965.
- Baciu, Stefan. *Memoires du surréalisme chilien*. Cahiers du Centre de Recherche sur le Surréalisme, Melusine, N° X, XII-1988, p. 263-266.
- Balakian, Anna. *Introduction*. En Rosamel del Valle, *Eva the fugitive*, University of California Press, Berkeley, California, Oxford, 1990, pp. 1-19.
- Billa, Agustín. *Poeſta de Rosamel del Valle*. El Diario Ilustrado, Santiago de Chile, 10-XI-1967.
- Campo, Santiago del. «Orfeo» *Poemas de Rosamel del Valle*. La Hora, Santiago de Chile, 4-XII-1944.
- Castellano-Girón, Hernán. *Ciudad existencialista, ciudad surrealista. A propósito de dos novelas santiaguinas*. Cuadernos Americanos, Año XLIV, Vol. CCLX, N° 3, V/VI-1985, pp. 218-235.
- Castellano-Girón, Hernán. *Fuentes de la poética de Rosamel del Valle: la línea simbolista surrealista*. Revista Atenea, Concepción, N° 473, primer semestre de 1996, pp. 53-69.
- Castellano-Girón, Hernán. *Rosamel el milenario*. Prólogo a *Un Orfeo del Pacífico* (antología poética). LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2000, pp. 7-22.
- Castellano-Girón, Hernán. *Mi memoria alegórica de Rosamel del Valle*. Postfacio a *Un Orfeo del Pacífico* (antología poética). LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2000, pp. 231-234.
- Castro, Víctor. *Adiós enigma tornasol*. La Nación, Santiago de Chile, 24-IX-67, p. 4.
- Castro, Víctor. *Rosamel del Valle*. Las Últimas Noticias, Santiago de Chile, 27-VII-1983, p. 7.
- Cerruto, Oscar. *Rosamel del Valle y su poeſta esencial*. Argentina Libre, Argentina, 1-VIII-1940.
- Cruchaga Santa María, Ángel. *Ángel Cruchaga habla sobre Rosamel del Valle*. Trabajo leído en la Feria del libro (28 de diciembre de 1937). Frente Popular, Santiago de Chile, 31-XII-1937, p. 7.

- Cruchaga Santa María, Ángel. *En torno a la poesía de Rosamel del Valle*. Trabajo, Santiago de Chile, 24-I-1940.
- Cruchaga Santa María, Ángel. «Orfeo» *Poemas de Rosamel del Valle*. La Hora, Santiago de Chile, 4-II-1945.
- Cruchaga Santa María, Ángel. *Los lunes literarios*. La Discusión, Chillán, 6-X-1952.
- Díaz-Casanueva, Humberto. *La nueva literatura chilena: «País blanco y negro» por Rosamel del Valle*. Letras, Santiago de Chile, XXI-1929.
- Díaz-Casanueva, Humberto. *La última obra de Rosamel del Valle*. La Crítica, Santiago de Chile, 20-XI-1939.
- Díaz-Casanueva, Humberto. *No encuentro en Chile hombre más virtuoso que Rosamel del Valle*. Ercilla, Santiago de Chile, N° 531, 3-VII-1945.
- Díaz-Casanueva, Humberto. *Magia y drama: Las llaves invisibles de Rosamel del Valle*. Ercilla., Santiago de Chile, 22-X-1946.
- Díaz-Casanueva, Humberto. «El joven olvido» de Rosamel del Valle. Pro Arte, Santiago de Chile, N° 89, 04-V-1950, p. 5.
- Díaz-Casanueva, Humberto. *Los libros: Fuegos y ceremonias, último libro de Rosamel del Valle*. Atenea, Concepción, Vol. XXX, N°. 339-340, IX/X-1953, pp. 138-146.
- Díaz-Casanueva, Humberto. *Violento creador analizado*. Ercilla, Santiago de Chile, 17-VI-1959.
- Díaz-Casanueva, Humberto. *El corazón escrito de Rosamel del Valle*. La Nación, Santiago de Chile, 4-X-1960.
- Díaz-Casanueva, Humberto. *En la muerte de un poeta*. Papel literario de El Nacional, Caracas, 13-II-1966.
- Díaz-Casanueva, Humberto. *Rosamel del Valle y el espíritu creador*. Orfeo, Santiago de Chile, N° 21-22, 1966, p. 49.
- Díaz-Casanueva, Humberto. *El cumpleaños de la muerte*. Última Hora, Santiago de Chile, 25-X-1971, p. 5.
- Díaz-Casanueva, Humberto. *El corazón escrito de Rosamel del Valle*. El Nacional, Caracas, 4-I-1976.
- Díaz-Casanueva, Humberto. *Prólogo*. En Rosamel del Valle, *Antología*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1976, pp. 9-11.
- Díaz-Casanueva, Humberto. *Prólogo*. En Rosamel del Valle, *Elina, aroma terestre*, Ediciones Panorama, Quebec, 1983, pp. 7-12.
- Díaz-Casanueva, Humberto. *Rosamel del Valle y el mito de Verónica*. La Época (suplemento), Santiago de Chile, 19-V-1991, pp. 1-2.

- Droguett, Luis. *Las crónicas y poemas de Rosamel del Valle*. Pro-Arte, Santiago de Chile, N° 20, 25-XI-1948, p. 4.
- Droguett, Luis. *Poesía y generación*. Pro-Arte, Santiago de Chile, N° 28, 28-I-1949, p. 4.
- Dussel, S. J., Francisco. *La violencia creadora*. El Diario Ilustrado, Santiago de Chile, 7-VI-1959.
- Espinoza, Manuel. *Presencia de Rosamel del Valle*. La Época, suplemento Literatura y Libros, Santiago de Chile, 17-V-1992, pp. 1-2.
- Ferguson, William. *Eva the fugitive*. The New York Times Book Review, 23-IX-1990, p. 48.
- Florit, Juan. *Dos sonetos y un menú*. Las Últimas Noticias, Santiago de Chile, Archivo de la Biblioteca Nacional de Chile.
- Florit, Juan. *San Francisco 328*. Las Últimas Noticias, Santiago de Chile, 18-III-1967, p. 4.
- Florit, Juan. *El Rosamel de mis recuerdos*. La Nación (Suplemento), Santiago de Chile, 24-IX-1972.
- Florit, Juan. *Recuerdos de Rosamel del Valle*. Las Últimas Noticias, Santiago de Chile, 21-XII-1974.
- Florit, Juan. *Tiempos de Rosamel del Valle*. Las Últimas Noticias, Santiago de Chile, 20-IX-1976, p. 5.
- G. S. *El viajero vestido de un rdor silencioso*. Zona Franca, Venezuela, Año II, N° 26, X-1965, p. 8-9.
- González Figueroa, Raúl. *Evocación de Rosamel del Valle*. Las Últimas Noticias, Santiago de Chile, 17-X-1976, p. 4.
- Guerra, J. *Recuerdo a Rosamel*. El Mercurio, Santiago de Chile, 25-IX-1965, p. 5.
- Heredia, José Ramón. *Intento de exégesis de la poesía de Rosamel del Valle*. Revista Nacional de Cultura, Caracas, N° 17, IV-1940, pp. 77-90.
- Huerta, Eleazar. *Las llaves invisibles*. Las Últimas Noticias, Santiago de Chile, 18-IX-1946.
- Labrador Ruiz, Enrique. *Fuegos y ceremonias*. Noticias de Arte, La Habana, N° 5, I-1953, p. 15.
- Lago, Tomás. *Mirador, poemas de Rosamel del Valle*. Claridad, Santiago de Chile, VII-1926.
- Latcham, Ricardo. *Crónica Literaria: Fuegos y Ceremonias*, La Nación, Santiago de Chile, 21-IX-1952.
- Latcham, Ricardo. *Crónica Literaria: El corazón escrito*, La Nación, Santiago de Chile, 23-X-1960.

- M. C. P. *Las llaves invisibles*. El Diario Ilustrado, Santiago de Chile, 1-VI-1947.
- Menedín, Armando. *Tornasol, Tornasol...* La Nación, 23-I-1966, p. 4.
- Merino Reyes, Luis. *El encantamiento poético*. La Nación, Santiago de Chile, 5-VIII-1962, p. 2.
- Merino Reyes, Luis. *Humberto Díaz Casanueva y su Amigo Rosamel del Valle*. Cuadernos de la Fundación Pablo Neruda, Año IX, N° 34, Santiago de Chile, 1998, pp. 36-43.
- Mestre, Juan Carlos. *Prólogo*. En Rosamel del Valle, *Poemas* (antología poética), Hueriga & Fierro, Madrid, 2000.
- Millavoro, Daniel. *Rosamel del Valle y el Grupo Ariel*. Lasa Últims Noticias, Santiago de Chile, 22-XI-1985.
- Navarrete, Raúl. *La mujer, la noche y el mundo onírico*. Visión, Vol. 39, N° 13-14, 3/17-VII-1971, p. 97-98.
- Requeni, Antonio. *De la actual producción poética: «El corazón escrito»*. La Prensa, Buenos Aires, 6-IX-1960.
- Rossel, Milton. *Las llaves invisibles*. Ercilla, Santiago de Chile, 1-VII-1947.
- Sabella, Andrés. *Rosamel del Valle, poeta de selección*. Hoy, Filosofía y Letras, Santiago de Chile, 1939. Archivo de la Biblioteca Nacional de Chile.
- Sánchez, Rolando. *«Orfeo» o ingreso a Rosamel del Valle*. Pro-Arte, Santiago de Chile, N° 101, 28-VII-1950, p. 9.
- Sander, Carlos. *El corazón escrito*. El Mercurio, Santiago de Chile, 20-VII-1961.
- Schweitzer, S. Alan. *Two metaphysical poets. An analysis of the poetry of Humberto Díaz-Casanueva and Rosamel del Valle*. Tesis doctoral (Ph. D). Graduate School of Rutgers - The State University, New Brunswick, New Jersey, 1966.
- Seguel, Gerardo. *Mirador*. Agonal, Santiago de Chile, 5-VIII-1926.
- Seguel, Gerardo. *Tres autores de la alianza de intelectuales de Chile*. Frente Popular, Santiago de Chile, 11-XI-1939.
- Silva Castro, Raúl. *Orfeo de vuelta del infierno*. Las Últimas Noticias, Santiago de Chile, 14-IV-1945.
- Solar, Hernán del. *El joven olvido por Rosamel del Valle*. Pro-Arte, Santiago de Chile, Año II, N° 85, 6-IV-1950, p. 5.
- Solar, Hernán del. *Rosamel del Valle: El corazón escrito*. La Nación, Santiago de Chile, 7-IV-1961.

- Solar, Hernán del. *Rosamel del Valle: El sol es un pájaro cautivo en el reloj*. La Nación, Santiago de Chile, 29-XI-1963.
- Solar, Hernán del. *Rosamel del Valle: Adiós enigma tornasol*. El Mercurio, Santiago de Chile, 8-X-1967.
- Suñén, J. Carlos. *Ella es mi ruido*. ABC Cultural, Madrid, 8-VII-2000.
- Teitelboim, Volodia. *Las llaves invisibles*. El Siglo, Santiago de Chile, 25-VIII-1946.
- Trabal, Francisco. *Las llaves invisibles*. La Nación, Santiago de Chile, 15-IX-1946.
- Ugalde, Pedro. *El joven olvido*. El Nacional, Caracas, 18-II-1951.
- Urrutia, Maria Eugenia. *Rosamel del Valle, poeta órfico*. RIL Editores, Santiago de Chile, 1996.
- Urrutia, Maria Eugenia. *La poesía alucinante de Rosamel del Valle*. Occidente N° 364, X/XII-1997, pp. 45-49.
- Urrutia, Maria Eugenia. *El corazón sumergido, poema develador de la poética de Rosamel del Valle*. Mapocho, Santiago de Chile, N° 41, primer semestre 1997, pp. 9-17.
- Urrutia, Maria Eugenia. *Análisis de «La estación de los peces» de Rosamel del Valle*. Estudios Filológicos, Valdivia, N° 32, 1997, pp. 83-91.
- Valente, Ignacio. *Rosamel del Valle: Obra Póstuma*. El Mercurio, Santiago de Chile, 24-IX-1967, p. 3.
- Valente, Ignacio. *Antología de Rosamel del Valle*. El Mercurio, Santiago de Chile, 4-IX-1977, p. 3.
- Zeller, Ludwig. *Rosamel del Valle: el desconocido*. Atenea, Concepción, No. 463-464, 1991, pp. 81-84.
- Zeller, Ludwig. *Foreword*. En Rosamel del Valle, *The Apostles' Bar and other poems*, Oasis Publications, Toronto, Canadá, 1990, pp. 9-12.

## 6. ANTOLOGÍAS DE REFERENCIA

- Azócar, R. *La poesía chilena moderna. Antología*. Ediciones «Pacífico del Sur», Santiago de Chile, 1931.
- Anguita, E. y Teitelboim, V. *Antología de poesía chilena nueva*. Zig Zag, Santiago de Chile, 1935.
- Hidalgo, Alberto. *Índice de la nueva poesía latinoamericana*. Prólogos de Vicente Huidobro, Jorge Luis Borges y de Alberto Hidalgo. Sociedad de Publicaciones El Inca, Buenos Aires, 1935.

V. V. A. A. *Madre España. Homenaje de los poetas chilenos*. Panorama, 1936.

Biennales Internationales de Poésie. Un Demi-Siècle de Poésie, Tome IV, Rosamel del Valle (deux poèmes traduits de l'espagnol par Edmond Vandercammen). La Maison du Poète, Dilbeek, août 1959, pp.112-116.

#### 7. OTROS TEXTOS Y HOMENAJES A ROSAMEL DEL VALLE

Díaz-Casanueva, Humberto. *El sol ciego. En la muerte de Rosamel del Valle*. Ediciones del Grupo Fuego, Santiago de Chile, 1966.

Gómez-Correa, Enrique. *A Rosamel del Valle* (Durante el entierro del poeta). En *Frágil memoria*, Universitaria, Santiago de Chile, 1986, p.35.

Molina Ventura, Eduardo. *In memoriam. Al poeta Rosamel del Valle*. En *Eduardo Molina, un poeta mítico*, Platero, Santiago de Chile, 1996, p.29.

Odio, Eunice. *En la vida y en la muerte de Rosamel del Valle*. Zona Franca, Caracas, Año V, N° 65, Enero de 1969, pp. 19-32.

Teillier, Jorge. *El retorno de Orfeo. Homenaje a Rosamel del Valle*. En *Muertes y Maravillas*, Universitaria, Santiago de Chile, 1971, pp. 89-90.

Zeller, Ludwig. *Visiones y Llagas. Homenaje a Rosamel del Valle*. Oasis Publications, Toronto, 1978.